

EL MAL DE LA DEMOCRACIA MODERNA: DEL ERROR A LA AUTODESTRUCCION

A propósito de los libros:

CUANDO LA ROSA SE MARCHITE, de Alain Peyrefitte (*)

y

COMMENT LES DÉMOCRATIES FINISSENT, de Jean-François
Revel (**).

POR

ESTANISLAO CANTERO

La lectura de dos obras recientes de dos conspicuos demócratas, Alain Peyrefitte y Jean-François Revel, me llenaría de regocijo —a fuer de antidemócrata, convencido de que la democracia moderna es el mal y la muerte— si no fuera porque, desgraciadamente, la enfermedad, el cáncer es ya tan grave, que prácticamente casi no hay remedio al mismo y, en consecuencia, estamos abocados a un mal aún mayor, que es la muerte absoluta de la sociedad en el comunismo.

Pese a todo, no cabe duda que a medida que leía ambos libros, me invadía una amarga alegría, por las conclusiones que de ambos se derivan para todo lector que se despoje de los anteojos ideológicos, que al tiempo que recortan y mutilan la realidad, no dejando ver más que una parte de ella, distorsionan la que permanece visible. Y estas conclusiones consisten, ni más ni menos, en que la democracia moderna es un sistema que conduce a la destrucción de la sociedad sin posibilidad de evitarlo a no ser renunciando a ella.

(*) Plaza y Janés, Esplugues de Llobregat, 1983, 382, págs.

(**) Grasset, París 2.ª ed., 1983, 332 págs.

Y es que ambas obras, escritas, repito, por ilustres demócratas, confirman las doctrinas tradicional y contrarrevolucionaria que desde los orígenes de la democracia moderna se han opuesto a ella por considerarla errónea, falsa, destructiva de todo orden social.

Y es que, aunque sus autores no lo digan y pese a que no lo quieran, la conclusión de los dos libros es la misma: la democracia moderna es errónea, falsa y lleva a la destrucción, incluso de la misma democracia.

Peyrefitte, en su libro, tras referirse al equívoco que determinó el que Mitterrand y el partido socialista francés alcanzan el poder, trata de la política seguida en Francia desde entonces por el socialismo, de los caminos que seguirá éste y de aquello que a su juicio puede y debe hacerse para devolver al socialismo a la oposición.

Tanto en el análisis de las razones que dieron el poder al socialismo como en el de la política seguida por éste, Peyrefitte coincide plenamente con la crítica efectuada con anterioridad por Jean-François Revel (1).

Así, el voto-sanción por razones de «derecha» (pág. 29) a la política socialdemócrata efectuada por Giscard (págs. 29 y 243); el error y desconocimiento del electorado francés respecto al programa socialista (pág. 39), propiciado por el doble lenguaje utilizado por Mitterrand (pág. 40) y por el engaño y la ocultación sistemática del verdadero programa socialista (páginas 41-50); la ausencia de todo realismo en el socialismo, la oposición entre los hechos, la realidad y la doctrina socialista (pág. 54-57); las nacionalizaciones efectuadas por motivos políticos y no económicos, fruto del colectivismo profesado por el socialismo francés (pág. 89); el control de la cultura y los medios de comunicación (págs. 180 y sigs. y 189 y sigs.); que los males y los fracasos son siempre culpa de la «derecha» (pá-

(1) Cfr. «Jean-François Revel: El Estado megalómano», por Estanislao Cantero, en *Verbo*, núm. 209-210, noviembre-diciembre de 1982, págs. 1.171-1.180.

gina 220); la colusión entre el socialismo y el comunismo en el gobierno, fruto del programa común (págs. 48, 171).

El análisis efectuado por Peyrefitte resulta acertado tanto en lo que se refiere al equívoco mediante el cual el socialismo llegó al poder en Francia, como en la crítica hecha a la política desarrollada en Francia desde entonces.

Los socialistas, para llevar a efecto sus doctrinas, sus dogmas, se proponen cambiar Francia y cambiar a los franceses, es decir, cambiar las instituciones y cambiar las mentalidades. No se trata de efectuar reformas, como acertadamente indica Peyrefitte, sino de hacer la Revolución.

Para cambiar Francia están, en primer lugar, las nacionalizaciones, fruto del dogma colectivista del socialismo marxista francés. Dichas nacionalizaciones conducen al desastre económico (págs. 81 y sigs.) facilitado por la manipulación de los bancos estatales y del crédito (pág. 92), instaurándose el dirigismo y el desorden: «El dirigismo es lo queda de la autoridad, el desorden es lo que resta de la libertad» (pág. 97). Con razón indica que «a este sistema (...) no le pidamos prosperidad ni progreso. Pero tiene posibilidades de triunfar en su terreno: el del poder ideológico» (pág 97).

Esa tarea de cambiar Francia se verifica, también, al deshacer el socialismo la unidad nacional. Para Peyrefitte, «el principio de la democracia, según el cual deba la minoría someterse a las decisiones de la mayoría, aunque ésta sea de un solo voto, no puede prevalecer sobre el principio de la indivisibilidad de la nación» (pág. 99) y dado que «la democracia brinda a los partidos, divisores por naturaleza, el escenario político (...) en la vida pública, la preocupación por la unidad se deja a la sola conciencia de los políticos. A ellos incumbe *moderarse*». «Pero el desarrollo de los partidos marxistas ha endurecido las oposiciones en nombre de la "lucha de clases", poniendo en peligro la armonía de la propia nación» (pág. 99).

Y tal como Peyrefitte señala, Mitterrand se definió a sí mismo como «presidente de la República socialista» (pág. 102) no como presidente socialista de la República. Lo que indica exacta

y claramente cómo se pretende cambiar Francia en una república socialista y cómo Mitterrand resulta ser un presidente para el partido, por lo que no es un presidente para la unión sino para la división (pág. 105).

Cambio de Francia que se ve claramente, también, en los cambios y en las depuraciones efectuadas en las instituciones (págs. 106 y sigs.). Por otra parte, el dogma socialista que identifica la libertad con el socialismo, determina que no haya más libertad que la del socialismo (pág. 114), y así, se verifica una alarmante eliminación de las libertades locales (págs. 115-119), de las libertades profesionales (págs. 119-120) y de las libertades individuales (págs. 120-125), demostrándose con ello claramente que la verdadera naturaleza del «socialismo a la francesa» es marxista, contribuyendo a ello el grupo CERES que es un absceso comunista generado por el socialismo en su propio interior (págs. 150-159).

Para cambiar a los franceses, los socialistas se han propuesto efectuar una auténtica revolución cultural porque, «ya que los hechos se resisten, es preciso que las inteligencias se dobleguen» (pág. 175), para lo cual hay que «cambiar las mentalidades», verificándose en la perspectiva socialista una identificación del poder —del poder socialista, por supuesto— con la cultura (página 177).

Y para lograr ese cambio de mentalidades que lleve a los franceses a aceptar el socialismo, es necesario apoderarse de la enseñanza. Para ello, hay que crear una sola escuela para todos (pág. 180); hay que hacer desaparecer la historia de Francia (página 184); hay que someter a los refractarios mediante la presión del miedo, de modo que se produzca el sometimiento a las directrices del partido (pág. 185), al tiempo que hay que extirpar la enseñanza libre (págs. 186-187).

Pero no hay que descuidar ningún medio que pueda imposibilitar dicha tarea. Por ello, en el poder político se confunden todos los demás poderes, eliminando los poderes de hecho. Y así, Peyrefitte señala que desde 1981, poder y contrapoderes se encuentran casi todos en un solo campo. El poder sindical, el

económico en buena medida por efecto de las nacionalizaciones (pág. 188) y el de la información a través del dominio que sobre el mismo ejerce el partido socialista en la prensa y la televisión (págs. 189 y sigs.), que de ese modo, se confunden con el poder político, con el poder gubernamental.

Por si fuera poco, el partido socialista resulta ser maestro en la utilización de métodos de desinformación (págs. 199-206), en la utilización de técnicas de intimidación (págs. 207-213) y en el arte de engañar (págs. 214-220), de forma que presenta todo lo malo como procedente de la «derecha».

Tras el desengaño espontáneo producido a poco de instalarse el socialismo, manifestado en las elecciones parciales locales, en los sondeos de opinión y en las múltiples y variadas manifestaciones de protesta contra el socialismo francés, ¿cuál será el camino que éste seguirá? Peyrefitte analiza seis caminos posibles. La salida hacia la socialdemocracia; emprender el camino de la «tercera fuerza», es decir, aliarse con el centro abandonando el sistema mayoritario y volviendo al pernicioso sistema proporcional; la alternativa entre el «sometimiento» de Mitterrand a lo que el pueblo francés desea, abandonando el camino socialista emprendido o la «dimisión» de Mitterrand. Peyrefitte confía poco o nada en que puedan emprenderse estos tres caminos.

Pero quedan otras tres vías posibles, aún más perjudiciales que las anteriores. La «explosión», debida a la desintegración de la izquierda francesa, con las únicas salidas del referendun o de la radicalización; la vía de la «radicalización», constituida por garantizar el poder por procedimientos paralegales, tal como se desprende de una hipótesis de trabajo del CERES, hipótesis de trabajo planteada por ciertos elementos que detentan el poder y por el propio Jefe del Estado (pág. 275). Radicalización prevista para responder a un doble fracaso: el de los hechos económicos y sociales y el de la opinión (pág. 276). Para ello se efectuará la infiltración y la inversión de los poderes de la soberanía, de la justicia, de la Policía y del Ejército, lo que se está haciendo ya (pág. 280), sin que ante ello quepa otra cosa

que la guerra civil o la radicalización blanda, es decir, la aceptación pura y simple de un poder y un sistema no deseado pero ante el cual hay que doblegarse (pág. 283).

Queda, por último, el último camino, el del establecimiento de una democracia popular, producido al ser recuperada la radicalización por los comunistas (pág. 284), fruto de una soviétización exterior (pues ante el desastre y el fracaso de la política interior y exterior francesa, ésta deberá encontrar su apoyo en la URSS) y de una soviétización interior efectuada por el partido comunista con el apoyo de la URSS.

No cabe duda que la descripción de los males que afligen a Francia y de la negra perspectiva futura ante cuyo umbral se encuentra Francia, efectuada por Peyrefitte es realista y acertada. Su crítica al socialismo y al futuro que el mismo prepara para Francia es válida. Y no sólo respecto al «socialismo a la francesa».

¿Pero qué propone Peyrefitte para salir de esa situación? Para éste se trata de aceptar la legalidad y las reglas de juego, haciéndose la oposición transmisora de la «cólera» de la base, permaneciendo cerca del pueblo, de las fuentes del poder (página 288). La libertad ha de colocarse por encima de todo, ya que «los caminos de la unidad nacional pueden encontrarse, si no en los dogmas del liberalismo, por lo menos en la práctica y la difusión de la libertad» (pág. 301).

Para ello, Peyrefitte propone un proyecto para Francia en cuatro terrenos principales: político, económico, social y cultural. En realidad, plantea las bases de un programa político que, a su juicio, haga posible el retorno al sistema democrático puesto en peligro por el socialismo.

En el aspecto político, «la realidad debe seguir siendo el juez de nuestras ideas. Es la que nos impone el darle la espalda a los sistemas» (pág. 302). Por ello, señala que no basta con retornar al estado de cosas existente antes del 10 de mayo de 1981, porque «antes del 10 de mayo habíamos sacrificado demasiado a unas ideas falsas que nos minaban. Tenemos que redescubrir

las ideas salvadoras: las de la autonomía, las del enraizamiento, de las responsabilidades a medida del hombre» (pág. 303).

Así, en primer lugar, es preciso que el Presidente lo sea para la unidad, «que se halle siempre en el estado político y moral capaz de ejercer su función de árbitro y de recurso» (pág. 305). Además, la reducción del mandato presidencial a un plazo más breve de cinco años (pág. 305); la vigilancia del parlamento, ya que el mal es la fuerza todopoderosa de los partidos que están sometidos a una ideología (pág. 306); los referendums más frecuentes, para que con esta extensión de la democracia directa, el poder legitime el cambio (pág. 307) y, finalmente, lograr el consenso para las reglas comunes, para que los cambios esenciales de la sociedad no estén sometidos al capricho de una mayoría episódica» (pág. 308).

En el aspecto económico, «es imprescindible hacer retroceder el intervencionismo de Estado, que desborda hoy como río en avenida» (pág. 315). En el social la revitalización de las responsabilidades (págs. 320-329). En lo cultural se impone el retorno a la escuela libre (pág. 333) y «la devolución a los padres de la realidad del poder educativo» (pág. 334).

Tal es, brevemente expuesto, el resumen de la crítica de Peyrefitte al socialismo francés y de las soluciones propuestas frente a él.

Sin embargo, la pregunta inmediata que cualquiera se hará tras este desastroso balance y que continuamente surge de la lectura de las sucesivas páginas del libro, es la siguiente: ¿Para eso, entonces, sirve la democracia? Porque Peyrefitte no se refiere a una sociedad comunista ni autoritaria, sino democrática por antonomasia. Y todos esos males que Francia padece no son más que efecto del sistema democrático.

Así, Peyrefitte no constituye más que una nueva edición, continuamente repetida, del liberal y demócrata que se aferra a los principios que llevan a las consecuencias que tanto deplora. Y es que el problema está en que no se quiere ver la relación de causalidad que liga lo que está ocurriendo en Francia a los principios de la democracia moderna.

En efecto, ¿acaso ésta no se establece sobre el principio intangible de que el poder reside en el pueblo? ¿De que los Parlamentos son los representantes de ese pueblo, únicos capaces de decidir y legislar? ¿Y que estos se eligen por sufragio? ¿Que una vez emitidos los votos, los resultados se deciden por mayoría?

Pues bien, Peyrefitte no quiere los resultados, pero no renuncia a los principios. Estos no se pueden tocar. Nos encontramos, de ese modo, en el reino de la incongruencia y del contrasentido, por otra parte criticado sin piedad cuando se trata del socialismo. ¿Por qué *razones democráticas*, «el principio de la democracia según el cual deba la minoría someterse a las decisiones de la mayoría, aunque ésta sea de un solo voto, no puede prevalecer sobre el principio de la indivisibilidad de la nación (pág. 99)». Desgraciadamente para las democracias, no hay ninguna.

Peyrefitte señala que el triunfo del socialismo en Francia es fruto de un equívoco y que no existe la Francia socialista proclamada por Mitterrand; de ahí que hable del «mandato inexistente» (pág. 37), con el que Mitterrand quiere cambiar la sociedad. Y tiene razón en cuanto a la inexistencia de una Francia socialista, aunque no desde la perspectiva liberal y demócrata. Porque la Francia democrática, por serlo, ha de aceptar también ser socialista —al menos mientras éste mande— a fuer de democrática. Aunque le pese. Por ello, aunque el contrato de los electores con Mitterrand sea «un contrato tachado de dolo» (página 50), no por ello cabe declararlo nulo por vicio de consentimiento como Peyrefitte plantea (pág. 50). Y ello porque en el sistema democrático los votos deciden, aunque no se sepa lo que se vota.

Argüir como hace Peyrefitte que «los electores dejaron que llegase François Mitterrand porque afirmaba ser el más apto para curar los males que diagnosticaba con tanta seguridad» y que «este fue, precisamente, el mandato que le confirmaron» (pág. 52), es un argumento carente de toda lógica desde el punto de vista democrático, para negar a Mitterrand con su mayoría

socialista, legitimidad para realizar la política del cambio. Porque en el sistema democrático no hay regla alguna que permita negarle a Mitterrand la legalidad para efectuarlo.

Los votos —la democracia—, el resultado de la elección, implica aceptar las consecuencias de esa elección, y así, Mitterrand, según este sistema, está plenamente justificado, del mismo modo que en su momento Francia tuvo que soportar durante el septenado de Giscard sobre todo, la política socialdemócrata desarrollada y para la cual, según la argumentación de Peyrefitte, no estaba legitimado. El error lógico no se encuentra en Mitterrand y en la mayoría, sino en Peyrefitte, aunque él no quiera verlo. Para ser liberal y demócrata consecuente hay que aceptar la legitimidad de esa política de la mayoría socialista.

Pero si se ven y se señalan con tanta precisión los múltiples desastres a que conduce la política socialista, había que extraer la consecuencia que se impone a toda visión no ideológica. El socialismo lleva al desastre, es cierto; pero, ¿por qué? Por el sistema que permite que esos desastres no puedan impedirse. Por el sistema democrático. En consecuencia, habría que concluir que lo que hay que hacer es cambiar el sistema. Pero no al sistema socialista solamente, sino al sistema que permite que éste llegue y cuando llega que conduzca a Francia a la muerte: la democracia moderna.

Sistema, que aunque el socialismo no hubiera llegado al poder, aun sin él, es malo. ¿Cómo puede ser bueno un sistema que permite a la «derecha» hacer política socialdemócrata sin estar «legitimada» para ello? ¿Cómo puede ser bueno un sistema que, como el mismo Peyrefitte indica, deja la unidad nacional solamente a cargo de la *moderación* de los políticos? ¿Cómo puede defenderse un sistema que permite el engaño y el fraude y la aceptación obligada del mismo? Porque, ¿qué otra cosa se encierra en estas palabras de Peyrefitte?: «A decir verdad, hace tiempo que vivimos en la socialdemocracia; lo hacíamos sin saberlo (...) todos estos rasgos esenciales de la socialdemocracia "clásica" caracterizaban la sociedad francesa de los años seten-

ta (...) esta política no fue realizada *por* partidos llamados socialdemócratas» (pág. 243).

Si como afirma Peyrefitte la vuelta al sistema proporcional significa la muerte por eutanasia de Francia (pág. 254) y por otra parte, el sistema mayoritario permite la actual muerte de Francia, ¿cómo negarse a ver que el mal está en el origen? ¿Cómo cegarse y no ver que reside en la esencia misma de la democracia moderna?

¿Y cómo no ver que las soluciones propuestas en el proyecto para Francia no solucionan nada? En efecto, si la libertad, entiéndase bien, la libertad que profesa la democracia, ha de ponerse por encima de todo, ¿cómo evitar tanto la acción libre de toda traba del socialismo en el poder, como su vuelta en el caso de que se produzca el dudoso juego de la alternancia?

Todavía no gobernaban los socialistas cuando antes del 10 de mayo se había «sacrificado demasiado a unas ideas falsas que nos minaban» (pág. 303). Tal confesión exige preguntarse por qué esas ideas se instalaron y quién las trajo. La respuesta no es otra que el sistema democrático.

¿Quién garantizará un Presidente para la unidad, «que se halle siempre en el estado político y moral capaz de ejercer su función de árbitro y de recurso» (pág. 305)? Si tal Presidente es necesario, habrá que apresurarse a establecer las garantías precisas para ello. No puede ser otra la reflexión juiciosa. Pero el mismo Peyrefitte confiesa: «No existen garantías» (pág. 305). ¿Entonces? He aquí la solución inservible: «Tendremos los presidentes que nuestra vida cívica merezca». Luego también un Presidente para el partido en lugar de un Presidente para la unidad. No hay posibilidad de evitarlo. Ya ha ocurrido como advierte el mismo Peyrefitte. Y de nada sirve confiar en esa «vida cívica», pues la condición exigida por Peyrefitte para ello estriba en que «en una Francia no dominada por sus pasiones y más cuidadosa con sus responsabilidades y más concreta, los candidatos intentarán devolvernos nuestra propia imagen y podremos escoger aquel que le sea más fiel» (pág. 305). Esperanza absurda y ridícula, pues nada garantiza, de un lado, que el can-

didato permanezca fiel a lo que sus electores creyeron de él y de otro, que unos electores elijan al candidato que responda más a su propia imagen, pues ambas cosas se han dado en el caso del Presidente Mitterrand, tal como indica el mismo Peyrefitte.

¿Y quién garantiza que aun en el supuesto del retorno a esa «Francia no dominada por sus pasiones y más cuidadosa de sus responsabilidades y más concreta», no pueda volverse a la Francia del 9 de mayo? Porque es el caso que ya se ha pasado de aquella Francia a esta otra. Y el retorno a la situación anterior al 10 de mayo, siempre dentro de la lógica de la democracia, implica aceptar que el 10 de mayo, pueda también «retornar».

Y es que si «no existen garantías» es por culpa del sistema, del sistema de la democracia moderna. Todo lo demás es engañarse. Y de nada servirán las soluciones reformistas propuestas por Peyrefitte. Si es necesaria la vigilancia del Parlamento —es decir, modificarlo—, que el órgano supremo de la nación, porque lleva a Francia al caos, es, precisamente, a causa de la institución parlamentaria, es decir, de la democracia moderna. Si el mal está en la fuerza todopoderosa de los partidos, que son los órganos de expresión de la voluntad popular, es a causa de que el mal se encuentra en la institución de los partidos, es decir, en la democracia moderna. Y si los partidos están sometidos a las ideologías y esto es malo, es porque el mal se encuentra en las ideologías, que son las que sustituyen a los intereses reales, es decir, que el mal está en la democracia moderna. Y si hay que recurrir a referendums frecuentes es porque las instituciones democráticas no sirven.

Pero, además, ni éstos ni el consenso propuesto pueden arreglar nada. ¿Cómo informar con exactitud, sin engaño, para que se pueda decidir con pleno conocimiento de causa? Mitterrand y el socialismo alcanzaron el poder y no creo que Peyrefitte acepte decir que antes del 10 de mayo la formación de la opinión no era libre. Y esa votación equivale, en ese aspecto, a un referendun. Y en el caso de que se aceptara que no era libre la

formación de la opinión, ¿cómo se había llegado a tal situación? Gracias a la democracia moderna. Luego el mal está en ella.

¿Y para qué puede servir el consenso, sino todo lo más para paliar algunos males inmediatos, pero que indefectiblemente llegarán más tarde? La aproximación al consenso se da con el sistema proporcional y éste constituye, como índice Peyrefitte, la muerte de Francia por eutanasia. ¿Cómo no ver, pues, que el mal es la democracia misma?

Por otra parte, si como Peyrefitte afirma, «Francia está demasiado preparada, por tres siglos de estatismo, para sumirse definitivamente en la sociedad de los consumos colectivos» (página 254), ¿cómo no ver que el estatismo ha sido sobre todo fruto del sistema democrático?

Y es que el mal está en los principios del 89, fecha fatídica, a los cuales no sólo no se renuncia, sino que la ideología y la mitología liberal y demócrata —una ideología y una mitología similar a la que se recrimina al socialismo—, se aferran a ellos por encima de todo.

Así, combatir en nombre de la escuela libre la *educación nacional* propuesta por el socialismo francés, alegando contra ésta la *institución pública* impuesta por Jules Ferry, es desconocer la historia o falsear los hechos. Porque las leyes de Ferry se caracterizaron por su sectarismo anticatólico y la introducción de una falsa «neutralidad» preludio de la escuela única socialista, y de la que ésta no es sino su última conclusión. Aquella neutralidad no era más que una mentira con la que disfrazar el desigmo de establecer una enseñanza anticatólica, como lo afirmó rotundamente el que fue Ministro y Presidente del Consejo, René Viviani.

Tanto aquella «neutralidad», al parecer tan cara a Peyrefitte, como esta escuela única de la educación nacional, son fruto de los principios del 89. Principios que cree intangibles. De ahí que Peyrefitte ponga su fe en el restablecimiento de la libertad —de la libertad de la democracia, por supuesto—, en «una segunda "noche del 4 de agosto", que libere a Francia y le devuelva la República». Y ahí está la causa de que no se quiera

ver que el mal está en el sistema, en la democracia moderna. La noche del 4 de agosto de 1789, dice Peyrefitte, «abolió feudalismos y privilegios, suprimió las órdenes y las corporaciones para que no hubiera más que ciudadanos libres» (pág. 336). Pero la realidad es muy diferente. En esa infausta fecha se abolieron las libertades concretas, y se entregó a los ciudadanos al poder de la voluntad general, que ha llevado a Francia a sus mayores desastres, entre ellos el actual, criticado y rechazado por Peyrefitte. No cabe ningún renacimiento de la libertad, de las libertades concretas auténticas si el paradigma de las libertades se sitúa en dicha fecha aciaga.

¿Cuál puede ser el final del camino recorrido por Francia? La destrucción de Francia desde luego, pero también la destrucción y la desaparición de la democracia como el mismo Peyrefitte señala. Y tal es también la lección a extraer del libro de Revel.

Si del libro de Peyrefitte se deduce que los males descritos del socialismo en Francia, llegado al poder democráticamente, obedecen a un mal interior del propio régimen democrático, ésta es la tesis central del libro de Revel, aunque él lo sitúe en el exterior de la democracia.

En efecto, el último libro de Jean-François Revel, *Comment les démocraties finissent*, no es propiamente un libro sobre el auge progresivo del imperialismo soviético ni sobre el continuo deslizamiento de la política de las democracias a aceptar ese imperialismo que las lleva a su propia destrucción, aunque éste sea el continuo discurso del libro.

No; el libro de Revel es un libro que plantea el mal radical de la democracia moderna —aunque él no sustente esta verdad— que la lleva a aceptar su propia destrucción, verdad esta última que Revel expone y demuestra sin lugar a dudas.

Cuando menos, puede decirse que es un libro que demuestra la radical y abosoluta incompetencia de las democracias modernas para tener una auténtica política exterior, para comprender al comunismo y para entender la política expansionista de éste, que las hace aceptar, entre resignadas y complacientes,

el que la URSS alcance la dominación mundial total, con la desaparición consiguiente de todas las democracias absorbidas por ella.

No nos vamos a detener ni siquiera en resumir los datos innumerables, desarrollados a lo largo de 279 páginas, que Revel utiliza para demostrarlo. Tan sólo quiero fijarme en la tesis de Revel porque muestra la necesidad de cambiar, de renunciar a la democracia, so pena de acabar en el hormiguero comunista.

Para Revel, «la salud política de la Europa no comunista es satisfactoria» (pág. 15) y, sin embargo, está a punto de perecer, de desaparecer, ya que «la marca distintiva de nuestro siglo será la humildad con que la civilización democrática ha aceptado desaparecer y se las ingenia para legitimar la victoria de su más mortal enemigo» (pág. 14). Y esto se debe a que la democracia moderna «no ha sido construida para defenderse de los enemigos exteriores que quieren su destrucción: sobre todo cuando el más reciente y el más temible de estos enemigos exteriores es el comunismo»; y a que «por resolución propia está vuelta hacia el interior», hacia sí misma, mientras que «el comunismo, por el contrario, por necesidad se desarrolla hacia el exterior, ya que por constituir un fracaso social, es incapaz de engendrar una sociedad viable» (pág. 11).

El comunismo es un enemigo irreconciliable de la democracia, con la que ha entablado una lucha a muerte, y la democracia es tan incapaz de defenderse que se entrega en sus brazos. Tal es la demostración de Revel.

Ahora bien, ¿por qué eso es posible? ¿Por qué la democracia es incapaz de defenderse? ¿Por qué no es capaz de comprender al comunismo tal como éste es y se manifiesta? ¿Por qué carece de una verdadera política exterior, que no consista en hacer la política más favorable a la URSS, su enemigo? ¿Dónde habrá que buscar el mal, el error, que determina esa incapacidad? En su misma esencia. No hay otra respuesta válida. ¿No hay, entonces, remedio a este mal? ¿Dónde está la salida de este callejón? En abandonar el sistema, en renunciar, por incapaz, inoperante y autodestructora a la democracia moderna. Y, sin

embargo, Revel no extrae esta conclusión. Describe el mal, pero no reconoce la causa que lo provoca. Si la democracia no sirve, lo inteligente, lo lógico, será renunciar a la democracia.

Para todo aquel que piense que el socialismo y el comunismo son peores que la democracia moderna cierto pesimismo no dejará de embargarle. Pero el desastre no es inevitable: hay solución. El mal no es ineluctable. Hay que comenzar por denunciar el fraude que constituye la democracia moderna; pero, ¿qué poner en su lugar?

Al leer ambos libros recordaba, permanentemente, a otro francés. A una mente preclara en la política y que amó a Francia como pocos: Charles Maurras.

Maurrás proclamó durante toda su vida que la República carecía de política exterior y que no podría tenerla. Setenta y tres años después de la publicación de *Kiel et Tanger*, Revel al confirmarlo, le da la razón. Maurras proclamaba la necesidad de una monarquía hereditaria, tradicional, antiparlamentaria y descentralizada. Casi ochenta años después de la aparición de la *Encuesta sobre la Monarquía*, Peyrefitte viene a darle la razón: Un presidente para la unión: el Rey. Una continuidad en lo fundamental de Francia: hereditaria y tradicional. Una vigilancia del parlamento y los partidos: antiparlamentaria. Un retorno a las libertades sociales, personales, económicas: descentralizada.

¿Qué falta, pues? La cuestión esencial en la que las otras quedan ahogadas: la democracia. Ninguno de los dos autores reconoce ese mal esencial que ellos mismos describen. Y, así, se da el contrasentido de que, pese a afirmar como vimos que hacía Peyrefitte, que en el aspecto político, «la realidad debe seguir siendo el juez de nuestras ideas», son éstas las que se imponen a aquéllas. En efecto, al negarse a ver que la realidad demuestra la falsedad de la democracia, y querer mantener ésta a toda costa, se hace prevalacer la idea sobre la realidad. Con lo que tampoco se es congruente con aquella otra afirmación del mismo Peyrefitte, de que la realidad «es la que nos impone el dar la espalda a los sistemas», pues el sistema democrático permanece incólume. Así, la democracia, pese a no ser más que una idea

falsa, como repetía Maurras, «triumfa» sobre la realidad, sobre la naturaleza de las cosas. ¿Estaremos abocados a morir por el «honor de la democracia»?

No quiero concluir, sin embargo, sin rechazar una grave acusación de Peyrefitte que atañe a la Iglesia católica.

Afirma Peyrefitte que «a veces nos imaginamos que la fascinación de los cristianos por el socialismo es un fenómeno reciente y que estará limitada a una categoría marginal, la de los "cristianos de izquierda". Pues no es así. Esta actitud tiene raíces profundas en las mentalidades cristianas» (pág. 145). Señalar como raíces teológicas a Santo Tomás y a la Contrarreforma por condenar el beneficio resulta, cuanto menos, un desatino sin límite. Es ignorar por completo el pensamiento de Santo Tomás, pilar básico de una doctrina por completo opuesta al socialismo, como bien lo han comprendido los llamados cristianos por el socialismo y el marxismo que lo combaten con ahínco. ¿Cómo es posible ver en la Contrarreforma las raíces teológicas de esa fascinación por el socialismo?

¿Cómo identificar como raíces históricas las ideas de la Revolución Francesa con las del catolicismo? (pág. 146). ¿Cómo meter en un mismo saco al heresiarca Marción, al condenado Lamennais y al catolicismo? (págs. 145-146).

Peyrefitte no distingue y no lo hace porque no quiere o porque no sabe, entre el catolicismo y las doctrinas por él condenadas. Y falsea la historia. La Iglesia católica no se ha aliado nunca con la Revolución y siempre ha sido cruentamente perseguida por ésta por oponerse a ella. Y, ¿dónde encontrar una mejor y más amplia refutación y condena del socialismo que en la doctrina de la Iglesia católica?

En cambio, Peyrefitte concede al socialismo, al socialismo a la francesa y marxista, que «para nosotros, los liberales, el socialismo no es el mal. Le reconocemos una inspiración noble, un deseo de justicia» reduciéndole la condena del socialismo a que «lo malo del socialismo en Francia es que no reconoce lo que hay de bueno en los principios políticos de sus adversarios»

(pág. 105). Tamaña incongruencia no se encontrará en la doctrina de la Iglesia. Pero ¡ay!, la democracia obliga a ello.

Claro que Peyrefitte tiene que mostrar aquí su antirromanismo, claramente expresado en *le mal romain*, segunda parte de su libro *Le mal français* (2), interpretación falsa y absurda de la historia en la que superando la tesis de Max Weber, señala no sólo que el catolicismo, al contrario que el protestantismo, es la fuente del retraso y de los males de los países latinos (3), sino que además, la Contrarreforma es el origen del totalitarismo (4), la causa de la acentuación del mal romano (5).

Porque el mal no está ahí, sino, precisamente, en el protestantismo, origen de los principios de 1789. Ha quedado claramente expuesto cómo la democracia no tiene otro futuro que la muerte. Pero los prejuicios son enormes. Y no hay forma de abandonarlos. Porque *cuando la rosa se marchite* es un desmentido total a las previsiones para un renacimiento francés que en 1976 Peyrefitte formulaba en *le mal français*.

¿Por qué, si no, en 1983, hay que repetir un proyecto ya enunciado en 1976 en el último capítulo de *el mal francés*? (6). En 1983, ¿qué queda de «el comienzo de un *consenso*» (7) vislumbrado en 1976?

«Sin duda, por primera vez después de la Revolución, los franceses se aproximan, poco a poco, a los elementos esenciales de un *consenso*» (8). Hoy, Peyrefitte nos dice que hay que lograr ese consenso. Sin duda, y como vimos, porque los fran-

(2) Alain Peyrefitte: *Le mal français*, Plon, 1976, págs. 103-216. Hay traducción española con el título de *El mal latino*, publicado por Plaza y Janés.

(3) Alain Peyrefitte: *Le mal français*, págs. 126-216.

(4) «La Contrarreforma (...) es un movimiento reaccionario y totalitario, en el sentido exacto de las palabras», Alain Peyrefitte: *Le mal français*, pág. 169.

(5) Alain Peyrefitte: *Le mal français*, pág. 169.

(6) Alain Peyrefitte: *Le mal français*, págs. 473-493.

(7) Alain Peyrefitte: *Le mal français*, pág. 467.

(8) Alain Peyrefitte: *Le mal français*, pág. 467.

ceses están, hoy, mucho más lejos de él que en 1976. En aquel entonces, decía: «Por doquier la historia indica claramente cómo la sociedad francesa ha podido, poco a poco, escapar a sus guerras de religión. Por la vía del buen sentido, del justo medio. Por reformas sin brusquedades, por progreso sin ruptura» (9). ¡Qué lejos queda 1976! En 1983, Peyrefitte nos dice que en Francia está ocurriendo todo lo contrario.

¿Dónde está, pues, el mal? No precisamente en el «mal» romano. ¡Qué razón tenía Maurras al denunciar al protestantismo como uno de los cuatro enemigos de Francia!

Si el denominando «cristianismo de izquierda» se vuelca hacia el socialismo no es por su doctrina cristiana, sino por las falsas doctrinas que la han sustituido; entre ellas la de la democracia moderna. Seamos serios, no falseemos la historia y demos a cada uno lo suyo.

(9) Alain Peyrefitte: *Le mal français*, pág. 468.